

## BRILLANTE

Brillante... Brillante como la tela del tutú de ballet de su pequeña, brillante como las botas de fútbol de su hijo o como el esponjoso papel que su niña mediana utilizaba para sus manualidades y que siempre dejaba un rastro de diminutos destellos en el suelo de la habitación... Brillante, como la estrella que siempre veía en invierno desde la ventana del techo abuhardillado cuando todos dormían y ella disponía de ese preciado momento para estar consigo misma, para pensar en sus recuerdos y en sus planes futuros,... Tan brillante o quizá más. Así era ella. En el fondo era consciente de ello y esto le hacía vivir en un estado de esperanza eterna. Cumpliría su misión como madre perfecta, gallinita siempre al cuidado de sus pequeños y cuando estuvieran preparados para levantar el vuelo, retomaría los mandos de su vida.

Prácticamente sin luz, mirando la estrella desde su sillón, recordaba la primera vez que la vio desde esa posición. Una noche fría, llena de emoción por el comienzo de una nueva etapa; una nueva casa, un cambio de entorno, un proyecto de familia y una ilusión desbordante. Siempre pensó que podría con todo, que sería una madre estupenda y una trabajadora excepcional, como apuntaba hasta ahora, pero algo ocurrió... El trabajo no era compatible con sus ausencias puntuales por las visitas al médico de los pequeños, ni con las noches largas e insomnes, llenas de vocecitas llamando a mamá. Los días festivos en el cole tampoco ayudaban a realizar buenos informes y las ayudas empezaron a escasear. La fuerza comenzó a apagarse hasta claudicar. "Ya lo retomaré cuando sean mayores, ellos son lo más importante", se decía a sí misma, y con esta frase curaba su alma y amainaba a la fiera que se le revolvía por dentro ante tan injusta decisión. Su entorno no se opuso, al contrario, creo que casi suspiraron aliviados, envueltos en un sospechoso halo de acomodamiento y egoísmo.

Y el momento había llegado, sentada en su viejo sillón, en penumbra, con la mirada fija en su estrella favorita, fue consciente que la rodeaba el silencio, le faltaba el calor en su regazo de pequeños cuerpecitos mientras acariciaba su frente con los labios; ya no sentía ese cansancio permanente por la falta de horas de sueño pero la invadía una nostalgia asfixiante y una ascendente sensación de vértigo. "Eres brillante amiga", se dijo, y sonriendo cerró los ojos.

## SUS MANOS

Se miró las manos y vio el mundo en ellas, entero. Supo que lograría todo aquello que se propusiera porque era valiente, decidida y trabajadora, muy trabajadora.

Se miró las manos y vio su juventud en ellas, entera. Libros, cuadernos, apuntes.... Tardes de sacrificio, despertares al alba. Pero lo consiguió. El primer contrato, las primeras aspiraciones, las primeras frustraciones. Él lleva más tiempo, él está mejor preparado... Él, simplemente, es él. Peores sueldos, ascensos denegados, rabia contenida.

Cuarto novio, primer marido. Primeros pañales, amor sin límite. Primera pelea, mala conciencia. Noches de sacrificio, despertares al alba. Mañanas con pintura en los labios, mujer trabajadora perfecta. Madre con mala conciencia. Primer desengaño. Divorcio, gastos y soledad. Más fuerte, más dura, más tierna...

Otros amores, pasajeros. Otros trabajos, pasajeros. Otra decepción, habitual. Otra discriminación, frecuente. Desigualdad, presente.

Siempre madre, siempre mujer. Más fuerte, más dura, más tierna... Más vieja.

Y un día se miró las manos y vio su vida entera, pasada. Y vio sus arrugas, sus amarguras y sus penas, atrás. Y vio a su hijo, su amor y su futuro, delante. Y vio su trabajo y supo que lo había hecho bien. Y sintió que había merecido la pena: la lucha, el esfuerzo, la constancia.

Sus manos, más fuertes, más duras, más tiernas... y, afortunadamente, más viejas: las manos de una mujer trabajadora.

## "HÉROES DE CAPA Y ESPADA"

Verdad. Curioso sustantivo. Ambiguo, abstracto, inalcanzable, intocable, incierto... Unos la esconden, otros la buscan. Algunos la envuelven con un grueso envoltorio llamado mentira. Yo, era incapaz de encontrarla.

Mi vida era perfecta. Lo único que le quería pedir a quienquiera que estuviera allí arriba, a esa persona que nos maneja como marionetas, era que introdujera en mi vida un héroe. Así es, en mis diez añitos de vida jamás había venido a rescatarme un caballero montado en un blanco caballo ni un misterioso hombre con capa me había robado un beso furtivo. A pesar de ello, mi vida era como un ascendente, colorido y brillante arco iris. Estaba siempre con mi madre, quien me daba la posibilidad de vivir rozando las nubes cada día. Todas las noches me preparaba una cómoda cama de doce colchones, lo que justificaba diciendo que mi cuerpo era propio de una princesa de sangre azul. Cada mañana me acompañaba al colegio antes de marcharse a su honrado trabajo, el cual nunca me desveló, pues tal era su importancia que el país entero peligraría. Al recogerme, me invitaba a una deliciosa comida de la que yo sola disfrutaba, pues ella degustaba a menudo deliciosos manjares en su trabajo. Y por último, cada noche me contaba la gloriosa historia de mi padre que murió en una cruenta batalla porque deseaba darme un futuro mejor.

Sin embargo, mi madre miente.

Cada mañana, me despierto en un ático destartado, porque no nos podemos permitir nada mejor. Los doce colchones impiden que los muelles de mi vieja cama me provoquen profundas heridas. No soporto ver la mirada hambrienta de mi madre cuando me compra comida con las únicas monedas que ha conseguido durante el día. Tampoco me gusta su sonrisa fingida cuando me cuenta la historia de aquel hombre que le dejó cada una de sus huellas dactilares marcadas en la cara y una profunda cicatriz en la mejilla derecha. Pero lo que más me ha dolido de todo esto es descubrir la verdad, descubrir el por qué hace todo esto. Por mí.

Reconozco que esto debe ser contagioso porque yo también os he mentado al principio, pues sí tengo una gran heroína en mi vida, aunque no lleva capa ni espada.

## ALICIA

Alicia era una niña curiosa, inquieta como nadie y con una enrevesada imaginación. No podía estar ni un solo minuto sin hacer algo, y se aburría muy fácilmente. Sus padres trabajaban juntos en un colegio, ella enseñaba lengua y él historia. Se conocieron allí.

Una tarde, Alicia tenía que hacer un collage para plástica, el cual requería de fotos, revistas o folios de colores para recortar. Decidió rebuscar en el cajón de la cocina, donde guardaban las revistas, periódicos, cartas y propaganda.

Como ya comenté antes, era muy curiosa y, aprovechando que ninguno de sus padres estaba mirándola, leyó las cartas dirigidas hacia sus padres. Entre ellas, encontró facturas del agua, de la luz, del banco, de la hipoteca... Se dio cuenta, además de que la mayoría de cartas que recibían los adultos eran facturas, de que la diferencia entre el sueldo de sus padres era monumental, siendo el doble la cuantía que su padre recibía.

Ella no podía comprenderlo, pues sus padres hacían el mismo trabajo a partes iguales.

Bueno, no. En realidad no. Sus padres no trabajaban igual.

Su madre, hacía todo con tranquilidad, paciencia y cariño.

En cambio, su padre era un poco menos comprensivo.

Es más, su madre tenía trabajo añadido: ser madre. Y es que ser madre es un trabajo a tiempo completo, con contrato indefinido, que requiere de un dinerito.

En conclusión, las cosas no encajaban, ¿cómo podía su padre ganar el doble que su madre, teniendo ella doble trabajo? Era un misterio.

Se lo comentó a su madre:

-Hija, en este planeta todos piensan que un chico es mejor sólo por ser chico-dijo ella.

-Eso no es justo ¿y las chicas qué?

-Claro que es injusto, pero es así.

Meses después, la madre de Alicia llegó sonriente a casa.

Le dijo a Alicia que ahora había igualdad en su trabajo, y ganaban lo mismo hombres y mujeres. Alicia se alegró mucho y fue feliz a jugar.

La madre de Alicia sabía que esto no era verdad, pero así podía ver a su hija jugando feliz en su mundo.

## ¡NO PUEDE SER!

Hola soy Jaimete. Vivo en Paselandia y hoy cumpla diez años. Quiero contaros algo que pasó y no pude entender.

Hace dos meses mi mamá vino a casa muy contenta, y ¡nos hizo pizza para cenar!. El señor Piñola, nuestro vecino, le había conseguido un trabajo en la empresa deportiva de Zambú, donde él trabajaba como secretario del director jefe. Ella sería secretaria de jefe de personal. Mamá contó en qué consistía el trabajo: escribir cartas, coger el teléfono, ... un montón de cosas importantes.

Al día siguiente, mamá estaba guapísima, arreglada para la ocasión. Le di un beso y se fue al trabajo. Mi sonrisa iba de oreja a oreja.

Al llegar a casa esperé impaciente a mamá. ¡DING DONG! ¡todos a la puerta!. Pero mamá, venía seria, ¿estaría cansada?. Estuvo callada durante la comida, papá la miraba extrañado y se fueron a hablar al salón.

Yo, detrás de la puerta, escuché lo que decían. Mamá, que era la única mujer de la oficina, además de hacer su trabajo, tenía que servir el café a los ejecutivos y a sus secretarios y recoger los despachos. También dijo algo de dinero, algo de que le pagaban menos que al señor Piñola. Papá la tranquilizaba pero ella lloraba. -¡NO PUEDE SER!-, pensé.

Esa misma tarde me fui a Zambú y como mi mamá trabajaba allí, me dejaron entrar. Busqué en un mapa, que parecía del tesoro, la oficina del director jefe. En la mesa de fuera estaba el señor Piñola, pero pasé corriendo, la puerta estaba abierta.

Allí estaba, el señor Cocolín, director jefe de la empresa y grité:-¡NO PUEDE SER!-. Asombrado con lo que le conté, llamó al jefe de personal, un tipo con gran bigote, y estuvo hablando con él.

No sé lo que pasó, pero desde entonces no vi más al señor del bigote. Mamá está contentísima y así lo estamos todos.

¡DING DONG!, un momento, llaman a la puerta. ¡Es mamá!, se ha pedido el día libre para estar conmigo en mi cumpleaños, ¡Es la mejor!.

ME LLAMO THOUFA AHMED

Me llamo Thoufa Ahmed. Tengo 10 años, soy de Afganistán y quiero ir a la escuela.

Mi hermano Shalim tiene un año más que yo y va a la escuela; yo veo sus deberes y, al igual que aprendí a leer y a escribir en casa, creo que podría realizarlos sin dificultad.

Mi padre dice que no puedo ir a la escuela por dos razones: porque, aunque dice que soy muy inteligente, lo han educado con la idea de que las mujeres no deben formarse y porque tiene miedo a que los radicales de nuestro país me hagan daño si voy al colegio.

Y mi madre... siempre callada, cuidándonos y queriéndonos, pero callada.

Un día llegó mi hermano muy triste e impactado porque corría por las plazas y colegios la historia de una niña llamada Malala. Mi padre, asustado, dijo que por muy inteligente que yo fuera jamás iría a la escuela; entonces yo no pude más y le dije que si todas las niñas y mujeres permanecemos calladas el sacrificio de Malala habrá sido en vano y que yo no quería pasar mi vida encerrada. El silencio invadió la pequeña habitación en la que nos encontrábamos. Mi padre comenzó a explicarme que el riesgo era demasiado alto y que me podría pasar algo parecido a lo que les ocurrió a Malala y a sus amigas. Y entonces mi madre habló con su voz dulce y tranquila, esa voz que me enseñó a leer y a escribir.

- Thoufa es mi hija. Es, al igual que vosotros, el centro de mi vida. No podría vivir sin ella. Pero quiero que viva libre y esa libertad tiene que empezar aquí, en nuestra casa.

Ahora estoy yendo a la escuela lejos de casa. Voy en autobús protegida con soldados armados. Admito que cada día siento miedo pero sé que merece la pena porque estoy abriendo una puerta a todas las niñas de mi país.

## EL TALLER DE LA IGUALDAD

Estaba yo una tarde, en mi habitación terminando los deberes y vino mi padre un poco enfadado, porque el coche se le había estropeado. Mi padre pensó que había que llevarlo a repararlo cuanto antes. Yo le acompañé, me gusta ir con mi padre a todos los sitios.

Cuando llegamos al taller, me fijé que uno de los trabajadores era una mujer. Me extrañé mucho, ya que pensaba que ellas no podían trabajar en ese oficio. Vi que hacía de todo: cambiar ruedas, cambiar el aceite etc...

Era muy simpática, fue la que atendió a mi padre y enseguida, supo dónde estaba la avería del coche y lo reparó. Todos los demás trabajadores eran hombres; sin embargo, la trataban como una más.

De camino a casa, le pregunté a mi padre: -¿Papá, una mujer puede ser mecánico? .Él me respondió: -Sí, claro. Si es lo que le gusta hacer y además lo hace bien, puede serlo.

Yo pensé que mi padre tenía toda la razón.